

APÉNDICE I

I. La secularidad cristiana

1. El fiel cristiano vive en el mundo (séculum), en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, y asume el compromiso de construir el Reino en la parte que le corresponde en cuanto laico, gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios (LG 31).

La “mundanidad” o “secularidad” es el carácter propio y peculiar de los laicos: “la condición esencial del laico viene definida por la novedad cristiana y caracterizada por su índole secular” (Ch F. L. 15 VER 11-14) Ni exclusiva ni excluyente.

La parábola evangélica aclara que la semilla es la Palabra y el campo es el mundo. Ya no debemos mirar al mundo como “lugar maldito” (en el sentido negativo de Juan y Pablo acentuando por el monaquismo) sino como “lugar teológico”, es decir, allí donde el Espíritu actúa y produce frutos de Salvación; allí donde se desarrollan los talentos recibidos y de los cuales habrá que dar cuentas al Amo (Mt 25, 14; Gal 6, 5).

Un ejercicio bueno es ir quitando de la mente algunos dualismos en contraposición: alma-cuerpo, Iglesia-mundo, Dios-projimo, Fe-vida...

Jesús oraba: “Padre, no te pido que los saques del mundo, sino que los preserves del Mal” (Jn 17). Deben quedar ahí, como levadura en la masa que sólo transforma lo que toca. Apostolado de “célula” regeneradora.

2. Sabemos ya que el apostolado es exigencia del bautismo: “la vocación cristiana es, por su misma naturaleza, vocación al apostolado” (AA 2). Éste puede ser individual (con el testimonio de vida y la palabra oportuna) y asociado, que resulta más eficaz (AA 8). “Los bautizados, al haber recibido participación en el ministerio sacerdotal, profético y real de Cristo, cumplen en la Iglesia y en el mundo la parte que les corresponde en la Misión total del Pueblo de Dios” (LG 33; AA 2). Y se entiende que siempre es de acuerdo con su propio estado de vida y con la vocación a la que han sido llamados: “los seglares que, siguiendo su vocación, se han inscrito en alguna Asociación o Instituto aprobado por la Iglesia, esfuércense por asimilar con fidelidad las características peculiares de la espiritualidad de tales Asociaciones o Institutos” (AA 4).

3. Cuando hablamos de “espiritualidad”, nunca debemos pensar que la derivamos de nuestro espíritu humano sino del Espíritu Divino. La vida cristiana es “vida en el Espíritu”, es un Caminar en el Espíritu” dejándose llevar por Él (Gl 5 y Rom 8), para producir “los frutos del Espíritu” más que nuestros propios frutos. No olvidar que esa Vida Cristiana es, ante todo, un Don. Nuestra respuesta principal consiste en aceptarlo con libertad y en un amor generoso y agradecido. La santidad cristiana se conjuga siempre entre “la Gracia de Dios y la libre colaboración humana”. Dios invita y llama, el hombre, corresponde.

4. El fiel laico cristiano sabe “estar en el mundo sin ser del mundo” (Jn 17), en el sentido de que, como la levadura a la masa, lo transforma sin que ella se contamine. Es, según las metáforas bíblicas: sal, luz y fermento (Mt 5). Imágenes totalmente “sociales”: para los demás. Parecen decir: “lo mío no importa”, incluso si tengo que disolverme (como la sal para sazonar) o desaparecer (como la levadura en la masa) o apagar me consumiéndome día a día (como la vida).

5. Bueno es recordar aquí el adagio teológico: “solo se redime lo que se asume”. El Hijo de Dios se encarnó en la naturaleza humana con todo lo que ella tenía de bueno y de malo, para redimirla y divinizarla. “El laico vive en el mundo, en todos y cada uno de los deberes y ocupaciones del mundo, y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, con las que su existencia está como

entrejida. Allí está llamado por Dios para que desempeñando su propia profesión guiado por el espíritu evangélico, contribuya a la transformación del mundo como desde dentro, a modo de fermento” (LG 31).

En las realidades temporales y desde ellas, logra encontrarse con el Dios Creador y Legislador; con Cristo Redentor del mundo: “en Él se restauran todas las cosas del cielo y de la tierra”: y con el Espíritu que recrea, renueva y santifica la faz de la tierra conduciendo la historia hasta su final de plenitud. Este encuentro con el Dios Uno y Trino y con el mundo, lo convierte en sacerdote (Pontífice: hace de puede entre Dios y las cosas) y así “consagra el mundo a Dios” (LG 33). Sintiendo él mismo “consagrado” en el Bautismo, vive la “novedad cristiana” y se compromete en la Misión de toda la Iglesia haciendo su parte, unido a Cristo sacerdote, profeta y rey.

Es atrevida, pero cierta, la frase de Sor Isabel de la Trinidad de que somos como una “humanidad suplementaria en la que el Espíritu renueva la Encarnación del Verbo para continuar en la historia salvando a los hombres”. Y es que “el Hijo de Dios, con su Encarnación, se ha unido, en cierto modo, con cada hombre” (GS 22).

Dios necesita del hombre

Dios necesita de ti

Tú eres la única biblia

Que lee la gente todavía.

6. Ya desde antes de la creación del mundo el Padre nos eligió en la Persona del Cristo para que fuéramos santos e irreprochables en el amor; y nos destinó a ser hijos (Ef 1) y a realizar nuestro Proyecto de vida en consonancia con el Plan General de Dios-Trinidad sobre el universo, “a imagen y semejanza de su Hijo, para que así fuera el Primogénito entre muchos hermanos” (Rom 8, 29).

Somos cooperadores de Dios en Cristo Jesús: “la misión confiada a la Iglesia es anunciar y extender el Reino de Dios” (LG 5); “La Misión de la Iglesia tiene como fin la salvación de los hombres, la cual hay que conseguir con la fe en Cristo y con su Gracia. Por tanto, el Apostolado de todos sus miembros se ordena, ante todo, a manifestar al mundo, con palabras y obras, el Mensaje de Cristo y a comunicar su Gracia... Los seglares aceptan “como tarea propia” el instaurar el orden temporal y el actuar directamente en él según la luz del evangelio y movidos por la caridad” (AA 7).

¿En qué consiste el orden temporal?

“El Orden temporal: los bienes de la vida y de la familia, la cultura, la economía, las ciencias y las profesiones, las instituciones políticas, las relaciones internacionales y otras realidades semejantes” (AA 7).

7. La tarea primera de todos los miembros de la Iglesia es, sin dudar, la evangelización con palabras y obras: anunciar el verdadero Nombre de Dios, es decir, su Realidad trinitaria y su plan de Salvación universal.

Evangelizar es comunicar la Buena Noticia de Salvación a los pobres, a los cautivos... (Lc 8). Los Apóstoles más que anunciar el Reino (que podría prestarse a malentendidos), comenzaron a “anunciar a Cristo Crucificado por amor y Resucitado por nuestra justificación”. Jesús vive y sigue salvando. El Kerigma lo resume todo en esa lograda frase.

Contenidos de la Evangelización:

- 1) Dios Padre ama al mundo en su Hijo hasta el extremo y por su Espíritu conduce la Historia a su final feliz.
- 2) En Cristo, muerto y resucitado, se ofrece la Salvación a todos los hombres sin distinción.
- 3) La vida Eterna (consumada en el Más Allá) es la respuesta única y cabal a esa

“sed de infinito” de todo ser humano.

- 4) La persona humana hecha a imagen de Dios Trinidad es sagrada en sus derechos fundamentales.
- 5) Los valores eternos: justicia, libertad, paz, solidaridad... Necesitan ser proclamados.

METODOLOGÍA: a) el kerigma: anuncio sencillo de lo fundamental cristiano; b) Catequesis: explicación de los conceptos básicos; c) Teología: profundización en la Revelación de Dios por razón especulativa y la contemplación sabrosa del Misterio de Dios-Amor-Redentor; d) Doctrina Social de la Iglesia: orientando la gestión de los asuntos temporales a la luz del Magisterio.

CONCLUSIONES Y APLICACIONES

La vocación de los laicos en la Iglesia está suponiendo en primer lugar, la Vocación Universal a la Santidad cristiana, dirigida a todos, aunque cada uno la realice por “camino distintos”. Por eso “la espiritualidad laical” se expresa particularmente en la inserción en las realidades temporales y particulares y en su participación en las actividades terrenas (Ch. F. L. 17), dando ejemplo de sentido de responsabilidad y de servicio al bien común (GS 75), de profesionalidad que exigen las relaciones sociales, como son: la honradez, el espíritu de justicia, la sinceridad, los buenos sentimientos, la fortaleza del alma; sin las cuales no puede darse una auténtica vida cristiana” (AA 4). “El Modelo de esta espiritualidad laical es la Santísima Virgen María, la cual, mientras vivió en este mundo una vida igual a la de los demás, llena de preocupaciones familiares y de trabajos, estaba constantemente unida con su Hijo y cooperó de modo singular a la Obra del Salvador” (AA 4).

Es una espiritualidad de “encarnación” en el mundo y en la historia. No es angelista o pietista, que se avada y desentienda de los problemas sociales, pues tiene una conciencia clara de que “lo que no se asume, no se redime”. Por eso, sabe armonizar acción y contemplación: “Cristo, enviado por el Padre, es la fuente y el origen de todo el Apostolado en la Iglesia. Es por ello evidente que la fecundidad del apostolado seglar depende de la unión vital de los seglares con Cristo. Y esta vida de unión con Cristo en la Iglesia se nutre con los auxilios espirituales comunes a todos los fieles, muy especialmente con la participación activa en la sagrada liturgia. Pero los seglares deben servirse de esto auxilios de tal forma que, al cumplir como es debido las obligaciones del mundo en las circunstancias ordinarias de la vida, no separen la unión con Cristo de su vida personal, sino que crezcan intensamente en ella, realizando sus tareas según la Voluntad de Dios. Ni las preocupaciones familiares ni los demás negocios temporales deben ser ajenos a esta orientación espiritual de la vida, según el aviso de Pablo: “cuanto hacéis de palabra o de obra, hacerlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias al Padre por Él (Col. 3, 17; 1 Col 11, 31): “Ya sea que comáis, ya sea que debáis o hagáis cualquier otra cosa, haciendolo todo para la gloria de Dios” (AA 4; GS 43).

La espiritualidad cristiana es un “estilo de vida” no fogonazos sueltos o fervorines pasajeros. Suponen un compromiso serio, aun contado con la debilidad humana. El miedo compromiso denota poca fe y menos amor.

A imitación de Cristo, conducido por el Espíritu santo, hace la “experiencia de Dios” como Padre único y verdadero, y simultáneamente de la Fraternidad Universal. “Uno es vuestro Padre, el del cielo (y no llaméis “padre” a nadie en la tierra), y todos vosotros sois hermanos” (Mt 23, 8-9; 5, 6, ss; Rom 8; Gal 4-5). “Dios Padre envió a su Hijo al mundo con el fin de reunir a sus hijos dispersos” (Jn 11, 52). Todo hombre es mi hermano.

El cristiano encuentra a Dios en el hombre, especialmente en los más necesitados (Mt 25, 36s, 1 Jn 3, 17; 4, 20; Lc 10, 15). Y porque “es imposible amar a Dios si no se ama al prójimo”, ya no es posible pensar en una santidad cristiana sin un compromiso con los pobres y marginados (Ch. F. L. 46-53; PVL 5).

La vocación cristiana está en la relación con los carismas propios. Estos dones de lo Alto preparan, transforma y capacitan para prestar “un servicio de caridad determinado” dentro de la Misión global de la Iglesia. En este sentido se podría decir que hay tantas “vocaciones-misiones” como personas.

Todas ellas son “modalidades”, maneras distintas de realizar la única y común vocación: la divina, llegar a la Casa de la Trinidad para participar de la naturaleza divina y de su felicidad infinita. Sólo allí se sacará nuestra radical “sed de eternidad”, cuando Dios sea todo en todos. Sólo allí se realizará la persona humana, “proyectada” para “ser alabanza de gloria a la Trinidad” entrando de lleno en el Círculo Vital Trinitario infinito en intensidad y eterno en duración, la Felicidad completa: “porque al contemplare como Tú eres, Dios nuestro, seremos para siempre semejantes a Tú y cantaremos eternamente tus alabanza por Cristo, con Él y en Él, y en la unidad del Espíritu Santo.

MADRES DE TODOS HOMBRES

Virgen santísima

Madre de Cristo y Madre de la Iglesia,

con alegría y admiración nos unimos a tu Canto,
canto de aceptación y agradecimiento.

Contigo damos gracias a Dios

cuya misericordia se extiende

de generación en generación,

por la espléndida vocación y multiforme misión

confiada a los fieles laicos,

llamados por Dios por su nombre

a vivir en comunión de amor y santidad con Él,

y a estar fraternalmente unidos

en la gran familia de los hijos de Dios,

enviados a irradiar la luz de Cristo

y a comunicar el fuego del Espíritu

mediante una vida evangélica.

Tú que has sido, con humildad y generosidad,

“la Esclava del Señor”,

danos tu misma disponibilidad

para el servicio de Dios y la salvación del mundo.

Virgen Valiente,

enseñanos a tratar las realidades del mundo

con vivo sentido de responsabilidad cristiana

y en la gozosa esperanza

de la venida del Reino de Dios,

de los nuevos cielos y de la nueva tierra.

Tú que junto a los apóstoles

estuviste en oración en el Cenáculo,

esperando la venida del Espíritu en Pentecostés,
invoca su efusión sobre todos los fieles laicos
para que corresponden a su vocación y misión,
y como sarmientos de la verdadera Vid
den mucho fruto para la vida del mundo.

Virgen Madre,

haz que vivamos siempre en la Iglesia de tu Hijo,
y podamos contribuir a establecer sobre la tierra
el Reino de los cielos en la Civilización del amor,
según el deseo de Dios Trinidad y para su gloria.

II. VOCACIÓN LAICAL TRINITARIA

San Juan de Mata, Fundador de la Orden y padre común de toda la Familia Trinitaria, así como el Reformador y otros Fundadores y Fundadoras inspirados en el mismo carisma trinitario-redentor, tratan de resaltar algunos de los resgos de la rica personalidad de Cristo. El n. 2 del PVLТ señala los tres principales: **“Nosotros, los laicos trinitarios, consagrados por nuestra particular vocación a la Trinidad queremos seguir a Cristo como Redentor del verdadero Nombre de Dios** (función profética), **Glorificador del Padre** (función sacerdotal) y **Redentor del hombre** (función real)”.

Se trata de la “manera” que tenemos los trinitarios de entender y practicar el Mensaje y la Misión de Cristo al que deseamos seguir. Por eso, **“como laicos trinitarios nos comprometemos a testimoniar el espíritu del evangelio según el carisma trinitario en la Iglesia y en el mundo”** (3).

Es nuestro “modo de ser” y no tenemos otro. Son los cristales graduados a la medida de nuestra vocación y que nos hacemos ver a Dios, al hombre, a la Iglesia y al mundo en esa óptica.

En el apartado del PVLТ sobre la Identidad del laico trinitario leemos: “Los laicos trinitarios, incorporados a Cristo por el Bautismo, participen en su función sacerdotal, profética y real, y se consagran de forma peculiar a la Santísima Trinidad”.

A) FUNCIÓN PROFÉTICA DEL LAICO TRINITARIO

1. “Profeta”: el que habla en nombre de otro; en nuestro caso, el que habla en nombre de Dios: “Esto dice el Señor, Oráculo de Dios, Palabra de Dios”.

La función del profeta en el AT era variada:

- a) Predecir acontecimientos para la historia del Pueblo y, en especial, Pre-anunciar la llegada del Mesías Liberador de Israel.
- b) Enseñar los caminos del Señor que conduzcan, en el Éxodo, a la Tierra Prometida; en el Exilio de Babilonia, al retorno a Jerusalén; siempre a la tan ansiada Paz.
- c) Denunciar (era lo más duro, por eso temblaban al ser elegidos) la corrupción de los Jefes, la inmoralidad del Pueblo, la hipocresía y fariseísmo de los sacerdotes (“me honráis con los labios pero vuestro corazón está lejos de mí”), la injusticia de todos al no preocuparse del débil, del huérfano y la viuda (símbolos de los marginados entonces). “El ayuno que yo quiero es éste: romper los cepos y abrir las prisiones, socorrer al huérfano y a la viuda, acoger al peregrino, y presentarse ante el altar con un corazón contrito y humillado” (Is 58, 1-10).
- d) Otra de las tareas delicadas de los Profetas consistía en mantener firme el monoteísmo (único Dios) frente al politeísmo (muchos dioses) de los pueblos y tribus con los que iban teniendo contacto social y religioso. Entonces tenían a mano el Shemá Israel: “escucha Israel,

el Señor tu Dios es el único Dios. Amarás al Señor con todo el corazón, con toda tu mente y con todas tus fuerzas, y al prójimo como a ti mismo. Queden grabadas a fuego en tu corazón estas palabras. Se las repetirás constantemente a tus hijos y les hablarás de ellas en casa y yendo de viaje, las pondrás en tus muñecas como una señal y serán como una insignia delante de tus ojos; las escribirás en la jambas de las puertas” (Dt 6, 4-9).

Como diciendo: Esta Profesión de Fe debes hacerla carne de tu carne y vida de tu vida. Porque es el Ideal de tu Vida el Proyecto de tu quehacer.

2. El Dios del Gran Profeta

Jesús de Nazaret, “el gran Profeta que tenía que venir” (Jn 7, 40; 6, 14), comenzó anunciando a un Dios Desconocido y desconcertante: el Padre. Era su obsesión día y noche, en casa y yendo de viaje. Era su Ideal de vida y el Proyecto de su quehacer misionero: “darlo a conocer a todos y llevar a cabo su Plan de Salvación”.

Él mismo se presenta como el Hijo Único del Padre, igual en todo al Padre: “quien me ve, ve al Padre, porque Yo y el Padre somos una misma realidad”. Él era realmente, el Mesías, el Ungido, el Enviado del Padre; Dios Padre lo unió con el Poder del Espíritu y Él pasó por el mundo haciendo el bien y liberando a todos de la esclavitud del Mal” (Hec 10, 38). Prometió enviar desde el Padre al Otro Consolador, el Espíritu de la Verdad que haría entender lo que Él había enseñado, llegando a la Verdad plena; que pondría en su boca las palabras justas cuando arrastrados ante jueces; y que permanecía con nosotros hasta el fin de los siglos.

El Espíritu viene en Pentecostés y, llenando de su fuerza a los Apóstoles, los envía a predicar por calles y plazas que Jesús vive y se el Salvador del mundo. Son los “testigos”.

El gran Profeta muestra así, con el testimonio de su vida y las palabras de su boca, que Dios no es una idea vaga sino Alguien personal – Tripersonal – que ama a los hombres hasta el extremo. Dios es Amor y es Comunión, no es Soledad, es Familia: Trinidad en Unidad, Modelo de toda sociedad humana que intenta lograr la unidad en la diversidad. Dios es: Tres Relaciones Subsistentes.

“Por eso Dios no creó al hombre en solitario. Desde principio los hizo varón y mujer. Esta sociedad de hombre y mujer es la expresión primera de la comunión de personas humanas. El hombre es, en efecto, por su íntima naturaleza, un ser social, y no puede vivir ni desplegar sus cualidades sin relacionarse con los demás” (GS 12). Es racional y relacional: “a imagen de Dios” .

Gracias a la autorrevelación del mismo Dios (si no ¿de qué?) sabemos que las Tres Divinas Personas son también Relaciones (los teólogos añaden “subsistentes” por ser divinas y existir por sí mismas), infinitamente libres y, sin embargo, absolutamente interdependientes unas de otras. Lo que nos enseña que “libertad verdadera” no se opone a “dependencia enriquecedora”. En su Libertad Responsable las Tres Personas no van por libre (que en este caso sería libertinaje), ni tampoco vive cada una por su cuenta y riesgo desentendiéndose de las Otras (lo que se parecería al egoísmo o narcisismo), sino que cada una de Ellas es Don Total de sí a las otras dos y Acogida total de las otras. Para decirlo a nuestro modo humano: se vacía infinitivamente de sí (kenosis: anonadamiento) para llenarse infinitivamente de las otras. Son plena y recíproca Comunicación en respecto personal, no se reparten la única Naturaleza en canon de justicia distributiva, sino que la comparten íntegramente en comunión de amor, que es la auténtica justicia social.

Este es el Modelo, el Ideal y Meta de toda sociedad humana que, al ser elevada al orden sobrenatural por el designio amoroso del Padre, está llamada a estrar en el Circulo Divino: “y al contemplarte como Tú eres, Dios nuestro, seremos para siempre semejantes a Ti y cantaremos tus alabanzas por Cristo, con Él y en Él”. Jesús oró: “Padre, que todos sean Uno en Nosotros para que el mundo crea que Tú me has enviado y que los amas a ellos como me amas a Mí” (Jn 17).

Todo esto se nos da percibirlo y pregustarlo en la experiencia humana del amor que “hace a dos personas una sola carne” o “que” el Grupo parezca una piña”. Y es que el camino mejor para vislumbrar el Misterio de Dios es, sin duda, el corazón, que “tiene razones que la razón no conoce”.

Ésta fue precisamente la vía que utilizó Juan de Mata con los teólogos Vitorinos. Lo del Kempis: “no es cuestión de saber muchas cosas sobre la Trinidad, sino de vivir la Trinidad”. O mejor, dejarse vivir por los Tres; dejarse “consagrar” al Padre en el Hijo por el Espíritu Santo”. El que no ama no conoce a Dios.

Cristo, el Gran Profeta, que proclamó el Reino del Padre con el testimonio de la vida y con el poder de la palabra, cumple su Misión Profética hasta la plena manifestación de la gloria, no sólo a través de la Jerarquía, que enseña en su nombre y con su poder, sino también por medio de los laicos, a quienes, consiguientemente, constituye en testigos y les dota del sentido de la Fe y de la Gracia de la Palabra para que la virtud del Evangelio brille en su vida diaria familiar y social.

Esta “evangelización” alquiere una característica específica y una eficacia singular por el Hecho de que se lleva a cabo en las condiciones comunes del mundo. Y en esta tarea hay que resaltar el singular valor de aquel estado de vida santificado por un especial sacramento, a saber, la vida matrimonial y familiar. En ella es apostolado de los laicos halla una ocasión de ejercicio y una escuela preclara si la religión penetra toda la organización de la vida y la transforma más cada día. Aquí los cónyuges tienen su propia vocación: el ser mutuamente y para los hijos “testigos” de la Fe del Amor de Dios.

Concluyendo:

“Los laicos, incluso cuando están ocupado en los cuidados temporales, pueden y deben desplegar una actividad muy valiosa en orden a la Evangelización del mundo, en calidad de Profesas. Para ello precisarán de una asidua dedicación al conocimiento de la Verdad Revelada o Doctrina Cristiana, pidiendo a Dios el don de la Sabiduría” (LG 35).

El Apostolado de la palabra exige una Formación permanente y progresiva para realizar con dignidad y capacitación profesional. Nadie da lo que no tiene; llenar la fuente del alma para que se derrame en generosa abundancia como Agua viva que salte hasta la Vida Eterna. Dejarse llenar del Espíritu.

3. El Dios del Trinitario

Juan de Mata manda en su Regla que todas las Casas e Iglesias sean dedicadas a la Santísima Trinidad, demostrando de esta forma (como los cistercienses al dedicarlas a la Virgen María) su devoción favorita.

Juan Bautista de la Concepción exclama alborozado: “Entre todos religiosos nos aventajó Dios al hacernos vasos escogidos para llevemos por el mundo este Nombre Admirable de la Santísima Trinidad”.

Y “consagrados por nuestra particular vocación, a la Trinidad, queremos seguir a Cristo como Revelador del verdadero Nombre de Dios...” (PVL n. 2).

El laico trinitario debe anunciar con el testimonio de su vida y también con la palabra oportuna (y los gestos y los símbolos), el verdadero Nombre o Rostro de Dios. Misión tan sublime como delicada. Más que en demostrar a Dios con argumentos filosóficos, deberá esforzarse en mostrarlo e irradiarlo con su vida teologal en el continuo ejercicio de la Fe, la Esperanza y la Caridad, hasta poder decir con Jesús: “el que me ve a mí, ve al Padre. Y si no me creéis a mí, creed a las obras que yo hago por el poder del Padre” (Jn 14). Demostrar la fe por las obras (Sant 2, 18). Apostolado del testimonio de la vida.

Todos los seguidores de Cristo deben ser “la luz del mundo y la sal de la tierra. No se enciende una lámpara para ponerla debajo de un cajón, sino en el candelero para que alumbre a todos de la casa; así debe brillar vuestra luz ante los hombres para que, viendo vuestras buenas obras, glorifiquen al Padre del cielo (Mt 5, 14). Imágenes bíblicas: ser como fanales luminosos que transmiten fielmente lo que reciben: simplemente lucen. Ser el buen olor de Cristo para los demás. Demostrar la Fe con

las obras, con gestos de caridad (Sant 2, 14-26; 2 Cor 2, 14; 1 Cor 4, 1-2).

San Pedro: “llevad una vida ejemplar en medio de los que no conocen a Dios; los mismos que os calumnian como malos, notarán el bien que hacéis y por él reconocerán a Dios el día que los visite” (1 Pd 1, 12-21).

Mostrar a Dios supone tenerlo dentro, conocerlo y vivirlo. Para hablar bien de Dios hay que hablar antes con Dios, contemplándolo de frente, llenándose de Él, como Moisés en el Sinai o Jesús en el Tabor, para “bajar del Monte reflejando en su frente la Gloria de Dios” (Ex 33).

Jesús era, por naturaleza, “la irradiación de la gloria del Padre y el reflejo de su ser” (Heb 1, 3). “En Él reside la plenitud de la divinidad corporalmente” (Col 2, 9). “En Él estaba la plenitud de Dios, y de esa plenitud todos hemos recibido gracia tras gracia” (Jn 1, 16). “Recibiréis el Espíritu Santo y reséis mis testigos en Jerusalén, en Judea y hasta el Finisterrae” (Hec 1, 8). Los Apóstoles, “entusiasmados” (lentos del Espíritu Divino en Pentecostés), salieron a proclamar que Jesús es el Señor, pues el Padre que envió, lo ha resucitado de entre los muertos y lo ha sentado a su derecha dándole su mismo poder y gloria. Convencidos ellos, convencían.

Porque el Profeta es, ante todo, un “Testigo”. Testigo es el que aclara o declara cuanto ha visto y oído, cuanto ha experimentado y vivido en su alma: “lo que hemos visto y oído y nuestras manos han palpado del Verbo que es Vida, eso mismo os comunicamos” (1 Jn 1, 4). Somos administradores de la múltiple gracia de Dios, canales limpios que dejan pasar el Agua Viva (1 Cor 4, 1-2).

Concientes las Constituciones de los Frailes de que esto es lo primero y esencial, dicen: “Los hermanos, en el ordenamiento de su vida individual y comunitaria, tienen el derecho y el deber de “experimentar” la Trinidad y la Redención para después expresarla a los demás (Cons 3).

Trinidad y Redención son los dos pilares de la espiritualidad trinitaria. O si se prefiere, la unión de ambos la Trinidad-Redentora: **“De esta experiencia de vida Trinitaria-Redentora, vivida según la propia índole secular, fluye nuestra vida fraterna, espiritual y apostólica en el mundo”** (n. 6).

Todo lo dicho parece muy lógico: “nadie da lo que no tiene”; de la abundancia del corazón habla la lengua la fuente llena a rebosar se derrama generosa a los demás...

Y es que sin una “vivencia íntima” del Dios Uno y Trino, mediante unas relaciones personales, en actitud filial con el Padre de quien procede toda paternidad en el cielo y en la tierra (Ef 3, 14); sin una relación fraternal con el Hijo que comparte la intimidad del Padre y nos lo da a conocer (Jn 1, 18) porque es nuestro hermano mayor, el Primogénito entre muchos hermanos (Rm 8, 29); sin una profunda amistad con el Amigo del alma. Amigo invisible siempre atento que es el Espíritu Consolador que nos impulsa a llamar a Dios: Abba, Padre, y a confesar que Jesús es “el Señor”...

Poco o nada podremos transmitir a los demás de Vida Eterna que consiste en que “te conozcan a Ti, Padre, como único Dios verdadero, y a tu Enviado Jesucristo (Jn 17), ya que nadie conoce al Padre en su intimidad sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar (Mt 11, 27), porque Él es el Camino que lleva al Padre (Jn 14);

Poco o nada podrá comunicar de Caridad Redentora de Aquel que nos amó hasta el extremo, ofreciendo la vida por sus hermanos menores: “no he venido a ser servido y dar la vida en rescate de todos” (Mc 10, 45).

Poco o nada podrá derramar de Agua Viva que salta hasta la Vida Eterna (el Espíritu que habían de recibir. Jn 7, 39), y de Verdad plena, y de Amor puro de quien reúne a la comunidad en el Cenáculo, los entusiasma por dentro, y los envía a ser “testigos de la resurrección” a pesar de las contradicciones “porque sostiene el ánimo de los que son conducidos a los tribunales por causa de la fe, y les da las palabras exactas para responder a los jueces” (Lc 21, 16-19); es Espíritu que resucitó a Jesús de entre los muertos y dará también vida a nuestros cuerpos mortales porque lo llevamos dentro de nosotros” (Rom 8, 14).

RESUMIENDO

Ahora entendemos perfectamente por qué dice el PVL: **“La vida espiritual de los laicos trinitarios se nutre de la comunión con las Tres Divinas Personas. Esta comunión da sentido a toda nuestra vida espirituañ y a nuestro compromiso en el mundo, por la cual la acción se convierte en fuente de contemplación, y la contemplación alimenta la acción”** (n. 13).

Contemplativos en la acción y activos en la contemplación, como Cristo que “glorifica al Padre llevando a cabo la Obra de la Redención, y redime al hombre glorificando al Padre” (Jn 17). Sabemos que las baterías se recargan también sobre la marcha siempre que esta sea “acción apostólica”. **Y en este caso está claro que “el trabajo ofrecido a Dios es también oración, medio de santificación personal e instrumento de redención del hombre”**(n. 17c).

Conclusión: el laico trinitario sabrá presentar el verdadero rostro de Dios: un Dios Amor, Comunidad Perfecta, Trinidad en Unidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo, el Dios Caridad Redentora.

El Padre, rico en misericordia que “amó tanto al mundo que lo dio a su propio Hijo que todo el que crea en El tenga Vida Eterna, pues el Padre no envió a su Hijo al mundo para condenar el mundo sino para salvarlo por Él” (Jn 3, 16). Es el mismo Padre que aguarda noche y día al hijo que se fue de casa y que sabe volverá... El mismo que sale a la puerta a convencer al hijo mayor para que también él pase a la Fiesta (Lc 15). Ese Padre misericordioso que anhela reunir a todos sus hijos dispersos por el mundo (Jn 11, 52).

El laico trinitario debe presentar también al Hijo Redentor del hombre hermano Mayor de la gran Familia de los hijos de Dios (Rom 8, 29; Heb 2, 15) que ya no nos considera siervos sino amigos porque nos ha comunicado los secretos del Padre, y nos ha demostrado que nos ama de verdad pues dio su vida por nosotros, por cada uno de nosotros (Jn 15; Gal 2, 19). Con su ejemplo nos estima a que “hagamos con todos como Él ha hecho con nosotros” (Jn 13). Juan concluye bien: “Si Dios ha dado la vida por nosotros, también nosotros debemos dar la vida por los hermanos” (1 Jn 3, 16). Lógica cristiana más que aristotélica.

Profeta, testigo veraz, Jesús viene a este mundo a decir la Verda. Denuncia la corrupción e injusticia y echa en cara los Jefes del Pueblo el que no sean más sinceros y justos con los “marginados sociales”. Fue condenado y crucificado, el Inocente por los culpables. Ya lo había dicho que los verdaderos Profetas son perseguidos, mientras los “falsos profetas” son aplauditos y galardonados. (Lc 6, 26).

El laico trinitario deberá mostrar al Espíritu consolador, Amigo Invisible pero siempre presente y atento a cualquier necesidad o detalle; el Amigo Fiel que siempre estará con nosotros en nuestro caminar por la historia, descubriendo en todo y en todos las “semillas de verdad y bondad” (GS 22; LG 16).

Con Jesús de Nazaret puede aplicarse el texto de Isaías: “El Espíritu del Señor está sobre mí, Él me ha ungido y me ha enviado a anunciar la Buena Novela a los pobres y ofrecen a los cautivos la libertad” (Lc 4).

Concluyendo: deben mostrar al Dios de la Biblia jugándose siempre por el hombre; que jamás será el rival del hombre sino su mejor aliado; el Defensor de los pobres y marginados, el Dios de los derechos humanos, porque Dios creó al hombre, varón y mujer, a su imagen y semejanza, iguales en dignidad y en los derechos fundamentales.

Todo eso viene a decir el PVL en sus lacónicos número aquí allá: **“Fieles a las exigencia de nuestro carisma y en comunión con los demás miembros de la FT, nos solidarizamos con aquellos que son despojados de su dignidad y privados de sus derechos fundamentales, en particular con los marginados y perseguidos a causa de su fe y de su compromiso evangélico, y en general con los más desfavorecidos: pobres, presos, jóvenes marginados, etc”** (n. 22).

“Guiados por el Espíritu, tratamos de armonizar los valores del Reino y los del mundo para llegar a la “unidad entre fe y vida”. Descubrimos que no es posible vivir la santidad con los

pobres y marginados. El encuentro con Cristo que sufre en ellos nos hace participar de la Redención y, en la medida en que contribuimos a la liberación integral del hombre, (suplimos en nuestra carne lo que falta a la Pasión redentora de Cristo en favor de los miembros de su Cuerpo, que es la Iglesia” (n. 5).

“Vivimos la dimensión secular del carisma al servicio de la persona y de la sociedad. Comprometidos en la búsqueda de la libertad, de la justicia, de la solidaridad y de la paz, descubrimos y manifestamos la imagen de la Trinidad, fuente y modelo de la unidad en la diversidad” (n. 20).

En efecto el Dios Uno y Trino se ha manifestado a lo largo de la Historia de la Salvación como un Dios Liberador de los hombres, “cautivos” en mil formas según las épocas. Por eso: **“La Trinidad-Redentora es la fuente, el modelo y el fin de nuestra vida al servicio de la liberación y de la redención, a comenzar por el ámbito cotidiano de nuestras relaciones humanas y de nuestras relaciones humanas y de nuestras responsabilidades familiares, sociales y profesionales” (n. 4).**

B. FUNCIÓN SACERDOTAL DEL LAICO TRINITARIO

“Nosotros los laicos trinitarios... queremos seguir a Cristo Redentor del verdadero nombre de Dios, glorificador del Padre (función sacerdotal)...”

El Señor Jesús “a quien el Padre consagró y envió al mundo” (Jn 10, 36), se ofreció a si mismo en la cruz como expiación de los pecados y se ofrece continuamente en la celebración eucarística por la salvación de la humanidad para la gloria del Padre (Ch.F.L. 14). Y Él quiso hacer participe a todo su Cuerpo Místico de esa “unción” del Espíritu; y de esta manera todos los fieles son hechos sacerdocio santo y regio.

En virtud de esa participación en el sacerdocio Cristo, el fiel laico trinitario puede y debe hacer de su vida una “consagración” a Dios: un don de sí al Padre, ofreciéndose como hostia santa y grata en Cristo para “alabanza de gloria al Padre” y “redención de los hombres” (Ef 1). Éste es el mejor culto espiritual (Rom 12, 1), el auténtico Trisagio de alabanza y glorificación, la mejor “eucaristía o acción de gracias”, la más solemne “doxología” o glorificación al Padre por el Hijo en unidad del Espíritu Santo (pleg. Eucaríst.) que el trinitario puede presentar a la Trinidad Santa:

Es una doxología

La vida del trinitario:

Sube con Cristo al Calvario.

Vive de la eucaristía.

“A ejemplo de san Juan de Mata, encontramos en la Palabra de Dios el alimento de nuestra vida espiritual. Nos unimos a Cristo presente en la Liturgia, particularmente en la Eucaristía y la Redención donde realiza la glorificación de la Trinidad y la redención del hombre, y en el Sacramento de la Reconciliación: el encuentro del hombre pecador con el Padre misericordioso” (n. 16).

Dado que Cristo Jesús, supremo y Eterno Sacerdote, quiere continuar su testimonio y su servicio por medio de los laicos, les hace participes de su Función sacerdotal con el fin de que ejerzan el culto espiritual para gloria de Dios y salvación de los hombres. Todas sus obras, sus oraciones e iniciativas apostólicas, la vida conyugal y familiar, el cotidiano trabajo, el descanso de alma y de cuerpo, si son hechos en el Espíritu, e incluso las mismas pruebas de la vida si se sobrellevan pacientemente, se convierten en sacrificios espirituales, aceptables a Dios por Jesucristo, que en la celebración de la Eucaristía se ofrecen piadosamente al Padre junto con la oblación del Cuerpo del Señor.

De este modo, también los laicos, como adoradores que en todo lugar actúan santamente “consagran el mundo mismo a Dios” (LG 34).

La “consagración del mundo a Dios” implica:

- una valoración positiva de las realidades temporales (y vio Dios que todo era bueno) superando el ancestral dualismo: Iglesia-mundo (PVL 5);
- la proclamación abierta del Señorío absoluto del Padre sobre todas las cosas creadas y restauradas en Cristo (PVL 17c);
- reconocer la existencia del “Mal” en el mundo que genera el desequilibrio cósmico: social, ecológico,... (GS 8 y 13, PVL 26);
- transformar esas realidades temporales desde dentro, a modo de fermento, y así las consagra al Padre por Cristo en virtud del Espíritu Creador (LG 34; PVL 4, 17-28).

De este modo se va cumpliendo lo de Pablo: “el mundo es vuestro, vosotros de Cristo y Cristo de Dios Padre” (1 Co 3, 22), hasta que llegue el Día de la redención definitiva de la creación eterna, que durante tanto tiempo y tan ansiosamente esperó que los hijos de Dios recibieran la gloria que como a tales corresponde para participar también ella de esa libertad y gloria (Rom 8, 20) en los cielos nuevos y la tierra nueva (2 Ped 2, 13). “Y cuando todo le esté sometido, también el Hijo se someterá a Aquel que le sometió todas las cosas, y en adelante Dios será todo en todos” (1 Co 15, 28).

Aunque en el PVL no aparece la expresión: “consagración del mundo a la Trinidad”, sin embargo podemos decir que contiene la doctrina y sentido en distintos números: incorporados a Cristo por el bautismo, se ofrecen también ellos en calidad de miembros del mismo Cuerpo, haciéndose sacrificio vivo y santo que agrada a Dios: éste es nuestro culto espiritual (Rm 12, 1).

Y es que el laico trinitario, como Profeta y Sacerdote de la Nueva Alianza, sabe muy bien cuál es el culto que agrada a Dios: “visitar las prisiones, romper los cepos, dar de comer al hambriento, vestir al desnudo, hospedar al peregrino, asistir: huérfano y la viuda o al anciano desamparado” (n. 2). Conoce el pasaje tan gráfico del Maestro: “Vete y averigua lo que significa: “misericordia quiero y no sacrificios”. Sabe que el culto a la Trinidad es más existencial que ritual, más encarnado, enculturizado, humanado: unas personas “consagradas” a la Santísima Trinidad y a los Cautivos (Is 58, 1-10; Os 6,6).

**Somos Familia, sí somos Familia
y alegros compartimos la Misión
de consagrados a la Trinidad
y dedicados a la Redención.**

“En el espíritu del Evangelio y de la Regla trinitaria según nuestras posibilidades, ofrecemos nuestra persona, nuestro tiempo y nuestro bienes al servicio de los necesitados” (n. 27, Ver n. 23).

Como bien dice el Reformador: “Es de alabar la vida de aquellos seglares que con sus propias personas visitan los hospitales y hacen las camas de los pobres; y lo mismo se diga de aquellos que, en lugar del durillo (ochavillo) que el otro ofrece para la cera del Santísimo Sacramento, ellos ofrecen su persona para se estar de rodillas la mañana y la tarde” (III, 209).

Lo resume el PVL: **“Guidados por el Espíritu, tratamos de armonizar los Valores del Reino y los del mundo para llegar a la unidad entre Fe y vida; descubrimos que no es posible vivir la santidad cristiana sin un compromiso solidario con los pobres y los marginados.**

El encuentro con Cristo que sufre en ellos nos hace participar de la Redención en la medida en que contribuimos a la liberación integral del hombre” (n. 5).

Y ¿cómo encontrar motivaciones o fuerzas para estos servicio de caridad? “En la oración quieres Tú, Señor, que lo engendre y lo meta en tus entrañas. En la oración le enseñas que el pobre es como su propio hijo, y que lo ha de querer y amar como a su propia persona. En la oración, uniéndote Tú

a un alma, unes también el pobre porque lo tienes como una propia cosa contigo. Y así cargado el trinitario con Dios y con el pobre, cuando lo ve en cama, hace cuenta que es su hijo y como a tal le administra la comida, lo sea, lo tranquiliza. Nada le cansa porque la oración es la que le ha dado fuerza para ejercitar el amor y la caridad en todo” (VI 50). Y más adelante exclama: “Ámete yo mucho, oh Dios Santo, y quiera también mucho a tus pobres. Que aunque yo no merezco entrar en tal compañía, Tú que eres misericordioso y gustas que tus obras perfectas y acabadas guatararás de que entre, para que así sea “Trinidad”: Dios, el pobre de bienes temporales, y yo, pobre de los espirituales. Para que siendo “Trinidad perfecta” que consiste en Unidad de esencia y Trinidad de Personas, siendo Tú, Señor, el pobre y yo tres personas, haciéndonos Tú una misma cosa seamos uno con una unidad y unión perfecta, como Tú la obras en las almas que amas y quieres” (VI 58).

Y en otras ocasiones repite: “Hay que servir al enfermo como al mismo Cristo muerto y resucitado” (VII 260). Y aquel conocido slogan: **Quien al pobre pierde, perdido va”**.

Y es que el trinitario, como Profeta y Sacerdote de la Nueva Alianza, sabe bien cuál es el culto que agrada a Dios: “visitar las prisiones, romper los cepos, dar de comer al hambriento, vestir al desnudo, hospedar al peregrino, asistir al hùefano y a la viuda y al anciano desamparado” (PVL 22 ss).

Conoce el pasaje tan gráfico del Maestro: “Vete y averigua lo que significa: misericordia quiero y no sacrificios. Sabe que el culto a la Trinidad es en el más existencial que ritual, más encarnado, inculturizado, humanado: la gran Familia Trinitaria está compuesta por personas consagradas a la Trinidad y a los Cautivos.

Somos Familia, sí somos Familia,
y alegres compartimos la Misión
de consagrados a la Trinidad
y dedicados a la redención.

Los gritos de modernas opresiones
hoy llegan a tu Trono, Dios del cielo;
envíanos Aarones consagrados
y al laico Moisés para el remedio.

Los Frailes y las Manjas de Clausura,
diversos Institutos femeninos,
los Grupos juveniles, Matrimonios,
personas de cualquier edad y oficio.

Como ocurre con el Dios que es Trino y Uno,
estrechemos los lazos más y más
sin romper la identidad de cada Grupo.

La unidad se dará en pluralidad
y la pluralidad en la unidad.

Enriquecidos mutuamente juntos,
cantaremos: “Gloria a Ti, Trinidad,
y a los cautivos la libertad”.

LIBRES PARA LIBRAR

C. PARTÍCIPES DE LA REALEZA

“Nosotroa, laicos trinitarios... queremos seguir a Cristo... como Redentor del hombre (función real)” (n. 2).

“Cristo, habiéndose hecho obediente hasta la muerte y habiendo sido por ello exaltado por el Padre, entró en la gloria de su Reino. A Él están sometidos todas las cosas hasta que Él se someta a sí mismo y todo lo creado al Padre a fin de que Dios sea todo en todas las cosas” (1 Co 15, 27-28). Cristo Rey y Señor del universo.

Este poder regio o resplandor lo comunicó a sus discípulos para que también ellos queden constituidos en sobrana libertad y por su abnegación y santa vida venzan en sí mismos el reino del pecado: autodomínio.

También por medio de los fieles laicos el Señor desea dilatar su Reino de justicia, de amor y de paz. Un Reino en el cual toda la creación será liberada de la corrupción para participar en la libertad y en la gloria de los hijos de Dios (Rom 8, 21). Grande, en verdad, es la Promesa y excelso el Mandato dado a los discípulos: “Todas las cosas son vuestras, pero vosotros sois de Cristo y Cristo de Dios” (1 Co 3, 23).

Deben por tanto los fieles conocer la íntima naturaleza de todas las criaturas, su valor y ordenación a la gloria de Dios. Incluso en las ocupaciones seculares deben ayudarse mutuamente a una vida más santa, de tal manera que el mundo se impregne del espíritu de Cristo y alcance su fin con mayor eficacia en la justicia, en la caridad y en la paz. En el cumplimiento de este deber universal corresponde a los laicos el lugar más destacado. Por ello, con su competencia en los asuntos profanos y con su actividad elevada desde dentro por la Gracia de Cristo, contribuyan eficazmente a que los bienes creados, de acuerdo con el designo del Creador y la iluminación de su Verbo, sean promovidos mediante el trabajo humano, la técnica y la cultura civil, para utilidad de todos los hombres sin excepción; sean más convenientemente distribuidos entre ellos y, a su manera, conduzcan al progreso universal en la libertad humana y cristiana. Así Cristo, a través de sus miembros, iluminará más y más con su luz salvadora a toda la sociedad humana (LG 36).

“Los laicos trinitarios, incorporados a Cristo por el bautismo, participan en su función sacerdotal, profética y real”.

Son llamados para servir al Reino de Dios-Trinidad, construirlo mediante la gestión de los asuntos temporales con toda competencia Profesional y difundirlo por el mundo con la evangelización y la liberación (20).

Viven la realeza, es decir, el señorío o dominio de sí mismo (fruto del Espíritu más que de nuestros méritos propios, Gal 5, 23) y de las ataduras extremas o internas mediante la lucha espiritual (ascesis: subida con esfuerzo) para vencer en sí mismo el pecado (Rom 6, 12) y “libres para librar”, servir en la justicia y en el amor, al mismo Jesús presente en todos los hombres, en especial en los pequeños y marginados (Mt 25, 40). PVL 21-26.

Ejercitan la realeza cuando consagrandolo mundo a Dios, dan a la creación entera su valor originario, querido por Dios-Trinidad en su Plan General inicial. Asimismo, cuando, mediante todo lo creado al verdadero bien del hombre, participan en el ejercicio de aquel poder con el que Jesús resucitado atrae a Sí todas las cosas y las somete al mismo tiempo que Él también se somete al Padre, glorificándolo y entregándole el trofeo de gloria que por el Espíritu Santo, se logrará en la consumación de la Historia. Entonces Dios-Trinidad será todo en todas las cosas.

CUESTIONARIO

- 1) ¿Cómo participan y de qué modo ejercitan los laicos trinitarios el oficio de Profetas?
- 2) ¿A qué Dios anuncian? ¿Cómo? Encontrar modos
- 3) ¿A qué ídolos denuncian en nuestro mundo y a quiénes deberían denunciar?

- 4) ¿De qué forma participan y ejercitan el oficio o función sacerdotal? Modos de ejercitarla.
- 5) ¿Qué decir de la participación en la realeza de Cristo? ¿Para qué? Modos de ejercitarla.
- 6) Otras sugerencias prácticas al respecto. Compromisos individuales y en Grupo.